

próspero de civilización y la facilidad de comunicaciones dan como resultado inmediato un mayor grado de desenvolvimiento en las relaciones y negocios personales, cuyo curso, resolución y secretos se confían á la correspondencia epistolar.

Organizar un buen servicio de correos es ardua empresa que requiere tiempo, inteligencia y asidua consagración, á la vez que la necesidad de aplicar ciertos principios científicos.

En Méjico el ramo de correos no ofrecía resultados favorables, por muchas causas que dificultaban el buen servicio y hacían ilusorias sus ventajas.

Pero desde el 1.º de Enero del presente año se ha puesto en vigor el código Postal, que fué prolija y concienzudamente formado por el señor Ministro de Estado y del Despacho de Gobernación, General D. Carlos Díez Gutiérrez, con arreglo á principios de conveniencia y economía.

La vigencia de ese código está revelando las aptitudes que como estadista tiene el General Díez Gutiérrez y su acendrado patriotismo, pues que con grande solicitud y consagración procura obviar cuantos inconvenientes suscita la aplicación de dicho código y que son inherentes al planteamiento de toda reforma fundamental.

Aun dadas las relevantes cualidades de dicho señor, se cree no continuará al frente del Ministerio de la Gobernación, porque se trabaja activamente para hacer triunfar su candidatura en San Luis de Potosí para el gobierno de aquel importante Estado, y tal vez á fines del año actual se retire á desempeñar tan elevado puesto.

Con la precedente exposición de lo más importante que por aquí ocurre, se despide del señor Director hasta el mes siguiente su leal amigo y compatriota

FRANCISCO DE LA FUENTE RUIZ.

Méjico 1.º de Abril de 1881.

CHASCO DE FRASCUELO

Waldeck-Rousseau, Ministro del Interior de la República francesa, ha prohibido la corrida de toros que las grandes damas de París habían organizado, sin previa licencia del Gobierno, en favor de las mujeres desvalidas. La *Sociedad de Caridad maternal* siempre sale bien en sus empresas y hace tal suma de dinero en cada concierto, mascarada, baile ó rifa, que está poniendo de continuo la alegría y el placer al servicio de la desnudez y los dolores secretos que insensiblemente abrigan en sus entrañas las grandes ciudades. La galantería y la vanidad ¡quién lo creyera! son más caritativas que la austeridad y la devoción. Yo he visto muchas veces en la sala de festejos del Gran Hotel, en los Jardines de Baselièvre y otras partes, mendigos que veían llover luses de oro en su fuentejilla de plata; pero ¡qué mendigos! La Duquesa de Basano, la Condesa Potoka, la Mariscal Mac-Mahon y otras muertas de hambre, cubiertas de diamantes, que van pasando por entre los caballeros sin decir palabra, pero diciendo mucho con la mirada y la sonrisa. En un concierto presidido por Doña Isabel II conocí á varias señoras principales del barrio de San German; las más bonitas sirvieron de mendicantes: ¡y digo si le será posible al más cutre dejar de echar un luis en esa rodelita de terciopelo carmesí que una hija de las Gracias le mete graciosamente por las narices! Viejos hidalgos y títulos ilustres sacaban un puñado de piezas de oro y las echaban allí para los pobres; y esos mismos buenos caballeros, caritativos

cristianos, no se dignan contestar ni con la vista á los menesterosos de que en mala hora se hallan infestadas las calles de la capital de Francia. En el un caso el mendigo es una mujer divina que á lo seductor une lo grande; en el otro es un ciego que está pegado á la pared, ó un hombre sin pierna, incapaz de trabajar: á la una le dan cien francos de caridad; al otro le niegan dos cuartos. La caridad necesita de la vanidad: hacen bien esos potentados femeninos de sacarles el dinero de ese modo á estos viejos podridos en plata, como decimos en América de los que tienen y no dan, que cogen y no sueltan, que ahuchan y amontonan duro sobre duro.

Los franceses tienen repulsión invencible por el juego predilecto de los españoles: tigres, leones, panteras, cualquier cosa; toros no les digan, porque allí vienen las jeremiadas, los recuerdos del circo romano, los gladiadores, Neron y mucho más. Y ellos mismos, ellos, ¿qué son sino gladiadores? Son el pueblo más gladiador de Europa, el gladiador por excelencia. Los periódicos no solamente publican todos los días las actas de los desafíos, sino también anuncian con anticipación los que van á ocurrir, nombrando á los campeones y los testigos. Dos franceses se destripan por un quitame allá esas pajas; pero no pueden ver que se le meta la espada á una fiera por entre las dos paletillas. Dirán que en el un caso va la honra—¡ah, sí! la negra honrilla,—y en el otro de puro entretenimiento ó gozo popular. Pues yo no soy adversario ni del duelo ni de las corridas de toros, y tan bien me parecen los franceses cuando llevan la delicadeza del caballero en la punta de la espada, como los españoles cuando arremeten con la bestia furibunda, á quien provocan é incitan para tener el gusto de vencerla. En cuanto á la crueldad, nadie ménos que el francés puede hablar de ella; y la audacia brutal y la tolerancia indebidas con espectáculos verdaderamente monstruosos, á París hay que venir á buscarlas en medio de las finezas del arte y los primores de la cortesía. Corridas de toros no los gustan á los franceses; corridas de tigres no digo que no. Ahí está Lucas, el domador de fieras, muriendo á garras de su tigre predilecto en sus ensayos para una función pública. Pueblo donde se toleran espectáculos como éste, ¿qué derecho tiene á gritar contra los españoles por sus corridas de toros?

Respecto de los ingleses, en España son apasionados por los toros: un inglés no falta jamás al circo en Madrid ó en Sevilla: en Inglaterra, las corridas son inmorales, son pasatiempo bárbaro. Los ingleses, en su casa, gustan de reventarse entre ellos á puñadas; los *boxers* ó trompeadores que se golpean hasta perder la vida; éstos son verdaderos atletas del tiempo de Vespasiano, atletas sin gracia ni poesía. Al paso que es bello é interesante el *primer espada*, que salta á la arena vestido de raso y terciopelo, se afronta con la fiera, se burla de ella con ligeras y elegantes suertes, y al fin hace ver la superioridad de la inteligencia sobre la fuerza, del arte sobre el furor, hiriéndole en la nuca y dejándole allí sin tiempo ni para que dé un bramido de muerte. El gran Carlos V era insigne toreador; mas convendría averiguar despacio si el Soberano de un gran pueblo debía exponerse á concluir miserablemente en los cuernos de un toro como un *Cúchares* ó un Montes. Cuando Príncipes y Reyes cultivaban la tauromaquia y honraban la plaza con su real presencia, con más razón los gentiles hombres y señores. Don Pedro Ponce de Leon era chico que mataba un toro como al descuido, como de paso: ¡tan hábil era y tan sin miedo el andaluz! D. Diego Ramirez, noble señor madrileño, mataba toros en obsequio de sus amigas y sus enamoradas, y

esto en la plaza de Madrid ó en la de Sevilla. Hoy ha perdido su nobleza este juego terrible: es fiesta popular; más ya los caballeros y señores, ménos los Príncipes, no entran como actores, sino como espectadores. *Frascuelo* y *Lagartijo* son personajes en la plaza: lo que es hombrearse con los Ponce de Leon y los Ramirez de estos tiempos no les es concedido.

La parte verdaderamente brutal y repugnante de la corrida es el degüello de caballos: ni habilidad, ni valor, ni fuerza, ni gracia, ni placer halla en eso el hombre. ¿Cómo esta fea tontería ha venido á ser parte esencial del espectáculo? Matar caballos, muchos caballos, el mayor número posible, no es ni bondad del toro ni generosidad de su enemigo; pues si el jinete lo entrega exprofeso, si adrede busca el peor caballo, el toro no necesita ser el rey de Jarama para derramarle las tripas. Esto sí que es asqueroso; los espectáculos públicos, ante todo, han de ser limpios: sangre vertida, y de animal indefenso; intestinos que están chorreando por ahí, ¡qué escena, Dios santo! ¡Qué escena de crueldad, dolor y miseria! Los ojos moribundos de la víctima se vuelven como pidiendo protección; levanta la cerviz hacia un lado con un resto de fuerzas y se mira á sí mismo, y ve su costado roto, por donde se le va la vida; deja caer la cabeza; el pescuezo, cuan largo es, se estira, forma una curva hacia atrás, la quijada sale adelante, extiende las patas, la cola se le esparce en tierra: está muerto. Murió el caballo: ¡qué triunfo para el hombre!

La corrida de toros ha quedado en algunos países de América descartada de sus defectos principales; ha quedado limpia, como dijimos no há mucho, si bien ha perdido el ceremonial y hasta la nomenclatura. En Quito, verbi gracia, el timbre es salvar el caballo á todo trance, cosa muy puesta en razón: el triunfo del hombre ha de ser antes que el del bruto; la habilidad del jinete primero que la furia del toro. Así es que todo el mundo toma su mejor caballo para el *dia de toros*; y digo todo el mundo, porque allí la plaza es abierta y todos pueden capear en ella, tan bien el grande como el chico, si hemos de usar el lenguaje de D. Diego Ordoñez de Lara; tan bien el hombre del pueblo ó *cholo* como el caballero principal. Hay cuadrilla de toreadores; mas cualquiera puede botarse al toro y abrirle el cerviguillo con su lanza, exponiendo su pellejo. Como las corridas no son periódicas, no hay plaza cerrada: en la mayor de la ciudad, allá, al advenimiento de un nuevo Presidente ú otro suceso memorable, se disponen *fiestas reales*, y el terreno es distribuido á buen precio por la municipalidad á las familias, según el número de los miembros de cada una. Levántanse los tablados, y estas tribunas *ad hoc* suelen estar resplandeciendo de lujo y compostura, según la riqueza y el gusto de sus dueños. El terciopelo, el damasco de seda forman las cortinas: el piso está cubierto de rica alfombra. Cada tablado es una sala adornada como para una fiesta, sin que falte el repostero ó la cantina llena de dulces y licores con que se ha de regalar á las visitas que van y vienen.

Las fiestas se hacen por diputación: la municipalidad da un día, el primero; los demás de la semana son repartidos entre las personas de viso, de las cuales tira cada una á eclipsar por el boato y el rumbo á su predecesor. La plaza está cuajada de gente; el pueblo no tiene tablado ni lo quiere; su gusto es correr los peligros comunes en la arena. Sale el toro, ¡y por Dios vivo que Jarama no los cria más bravos! En las haciendas de las alturas, esas alturas de los Andes, las mayores que habita el hombre, el ganado vacuno es feroz: dudo que un toro del

Pedregal ó de Huagralsmasi le pida favor al más renombrado de España. Sale el toro: el primer impetu es generalmente evitado por el pueblo; todos se ponen en cobro, ya dando la vuelta á la plaza, ya engarabatándose en las barreras de los tablados; mas luégo que se calientan con el ejercicio y el licor que ofrece el dueño del día, el pueblo se convierte en toreador en globo. Todos toread; así es que el toro no resiste gran cosa: aturdido, rodeado, abrumado por un mar de gente que le provoca y le grita, apenas se defiende, levantando en alto á los que halla delante de sus cuernos. Este valor de la gente no es del todo desinteresado: el toro es lo que se llama *vestido*; cuando se dispara del toril afuera, sale cubierto con una gran colcha ó capa de terciopelo ó raso primoroso, orlada de franjas de oro, con borlas enormes que van rozando el suelo. Esta rica pieza es del primer ocupante; mas no es permitido arrancarla sin *echar un lance*, como decimos allá, y cae en caso de ménos valer el que la quita por atrás. Debajo de la capa, el toro es un Rothschild, pues los suele haber que llevan cincuenta duros adheridos á la piel con fuerte hilo. Los *capitanes* portados, algunas veces, suelen echarle al toro principal una onza de oro en la frente: D. Francisco de la Flor, padrino de bautismo del humilde cronista que está trazando estas líneas, murió en la más desdichada indigencia, habiendo sido el más opulento gran señor de una riquísima comarca. Las corridas de toros, ó *los toros*, segun se dice por allá, cometiendo una graciosa figura, le habian arruinado. Los toros, en tiempos anteriores, eran pasion violenta en ciertos señores chapados á la antigua: D. Francisco de la Flor, á quien Dios tenga entre sus santos, no se contentaba con vestir sus toros, en su día, con duros y onzas godas, sino que iba derramando plata por la calle en generosa locura. A unos el juego, á otros la embriaguez, á éstos las mujeres, á esos *los toros*, ¿qué más da la pasion? El hecho y el negocio son no tener pan en la ancianidad y no dejar con qué se les entierre. ¿Como de estas cosas suceden en el mundo cada día! Aunque eso de echarle onzas en la frente al toro ya no sucede: los quiteños toread ahora de otro modo; sus toros son las procesiones y sus bailes los ejercicios en los conventos. Los frailes catalanes que les llevó su amado tiranuelo les han metido tal miedo del infierno, que tienen creído que si no se vuelven idiotas pierden la gloria eterna. Acaba el Arzobispo de Quito de prohibir en globo el teatro, los libros si no son místicos, el baile, el canto, la música, todo, como ocasiones de pecado y peligros de muerte del alma. A esta fría oscuridad yo prefiero la tauromaquia; esto es, el Excmo. Calomarde antes que el Ilmo. Ignacio Ordoñez.

Los duros, íbamos diciendo, que allá se llaman *pesos fuertes*, junto con el licor, que no escasea, ponen loco de alegría al pueblo, el cual cae sobre el toro como una manga de langostas sobre un campo de trigo. Ya no se le distingue: un monton de cuerpos humanos lo cubre de la cabeza á los piés; está imposibilitado, está rendido. De cuando en cuando un hombre sube en alto, y cae patas arriba sobre los demás. Arrancada la última peseta todo el mundo trata de ponerse en cobro. El toro está cansado, pero tiene fuerzas para vengarse en los más codiciosos que se quedan todavía buscando algo. Hay poca sangre en esta diversion: los toros mismos no son muertos desde el primero hasta el último; suele haber uno ó dos *de matanza*, y éstos son los más bravos y ricos. En los intervalos, ó despues del último, ocurren mascaradas ó escaramuzas, compuestas de los jóvenes más distinguidos de la ciudad, quienes ponen todo es-

mero en la riqueza y la gracia del vestido. Los caballos son soberbios; es la casta andaluza aclimataada en las ardientes planicies del Guayas, donde los Valenzuelas han pegado á las mil maravillas.

Los franceses no saben montar: no hay figura más desairada que un francés á caballo, y esto aún entre los elegantes parisienses: en Barcelona he visto jinetes admirables, lo mismo que en Málaga y Sevilla; de éstos nos deben de venir nuestro garbo y nuestra habilidad en los ejercicios ecuestres. Los hispano-americanos tienen declarada aficion al caballo, y montan primorosamente. La escaramuza de que estábamos hablando, formada por cuatro cuadrillas de ricos señores, es bello alarde: en la una los corceles son negros, en la otra blancos; la tercera los tiene bayos, la cuarta alazanes; todos de estampa y brios que no hay más que pedir. Los cuatro guiones ó cabos rompen el ejercicio, y los trazos y figuras que hacen estos donosos fantasmas son cosa de ver: para que el día de toros sea completo ha de haber baile, el cual se verifica en una casa principal en tanto que el pueblo se emplea y divierte en los innumerables juegos que en esta época la policia permite al aire abierto, siendo el primero el boliche, donde se suele ganar y perder mucho dinero.

¿Qué tienen de comun con éstas las corridas de España? El banco frio por asiento; el vecino que molesta con los piés y los codos; la plaza desierta, si no son los espadas y los chulos, y sangre y más sangre. Nosotros hemos barajado el juego de nuestros mayores, y á la fe, señores, que nuestras corridas casuales valen más que la infalible del domingo en las plazas de Madrid y las otras capitales de España. Si el objeto es divertirse y divertir al pueblo, el modo cómo se toma la cosa en Quito es más conducente. Los europeos, y particularmente los franceses, los pudibundos franceses, que no quieren oír toros en Francia, son los que más gozan en ellos. ¿Cuándo ha de haber otros toros? se ponen á preguntar así como acaban las fiestas, las cuales, para que pasen á la posteridad, han de ser *reales*. Cosa rara: detestamos la monarquia nosotros los republicanos del Nuevo Mundo y nos gusta llamar *real* todo lo grande y bueno: fiestas reales, calle real, camino real. Del mismo modo que, destruido el comercio entre América y Castilla, todo lo bueno y fino es *de Castilla*, aún cuando sea inglés: bayeta de Castilla, paño de Castilla, azafran de Castilla. Nudos estos que han quedado de sobra como por olvido (¿si diremos como por amor?) de los vínculos que nos unieron en otro tiempo á la madre patria.

Quisiera yo saber de qué manera hubiera sido *la corrida* del hipodromo patrocinada por la *Sociedad de Caridad maternal* si este buen muchacho de Waldeck-Rousseau no hubiera venido con su *non possumus* tan mal á tiempo. ¿Hubieran sido como en Madrid? ¿Hubiera sido como en Quito? Las grandes damas patronas de la fiesta le han llamado *roto*, y los clericales dicen en sus periódicos que no podia esperarse otra cosa de los liberales; como la corrida era para hacer limosnas la ha prohibido. ¿Pero la ley, amigos? ¿Pero la ley? ¿La ley no es nada y el Gobierno es nadie? ¡Vamos! La introduccion súbita de una costumbre ajena suele ser, por otra parte, cosa de inconvenientes. La *Sociedad de Caridad maternal* hallará en su inventiva otro modo de sacar los ciento ó doscientos mil francos que esperaba de la corrida, y á *Frascuelo* le habrán quitado del bolsillo los 70.000 francos que importaba su interesante presencia en el hipodromo. Cuatro oficiales de este insignificante capitán habian ya llegado á París destacados de la cuadrilla como exploradores. Pues yo sien-

to no haber visto las gallardias de ese bizarro español en la ciudad más alegre y curiosa de la tierra.

JUAN MONTALVO.

MISCELÁNEA

Del notable periódico *El Cosmopolita*, que dirige en Méjico nuestro ilustrado amigo D. Francisco de la Fuente Ruiz, tomamos lo que sigue:

«Segun aseguran algunos periódicos de Madrid, hay en las esferas oficiales el proyecto de erigir una estatua al inmortal Jovellanos.

De acuerdo con esa idea, créese que el Ministro de Estado ha dirigido á los representantes de España en el extranjero una comunicacion confidencial á fin de que, haciendo conocer el pensamiento á los españoles avocados en los demás países, contribuyan con sus donativos á sufragar los gastos que origine la construcción del monumento.

Sin embargo de que en Méjico no tenemos conocimiento se haya hecho ningún trabajo para tan elevado objeto, nos adherimos á él y *abrimos desde luégo la suscripcion en este periódico, consignando como primera partida la de cincuenta pesos que ofrece su Director.*»

Nosotros tambien llamamos ántes de ahora la atención del público sobre el particular, suscribiéndose nuestro Director con *cien pesetas*, y es lástima que estos buenos deseos, manifestados por todos, no se utilicen, pues no bastan las fuerzas aisladas y sin concierto: sería preciso que el Gobierno nombrase una Comision especial que se encargara de la realizacion del pensamiento.

Hemos recibido un ejemplar de *La Estacion*, periódico de modas para señoras, editado en idioma español. Contienen los 24 números que se publican durante el año más de 2.000 grabados en negro, figurines iluminados, patrones trazados y labores para señora. Las explicaciones que da en el texto son sumamente instructivas para las señoras, siendo tal vez el único que enseña de una manera práctica y sencilla el corte de las prendas y la ejecucion de toda clase de labores.

Se publican dos ediciones, una económica y otra de lujo, sumamente baratas; á 13 frs. por año la primera y á 21 frs. la segunda.

Se suscribe en todas las librerías, y en París, 19, rue Montyon, en casa de I. Manjon Gonzalez.

El inteligente perito industrial y químico D. Angel Ramon Cartanio acaba de publicar una *Guía industrial y comercial de Asturias*, de la cual nos ha remitido un ejemplar, que leeremos detenidamente, ocupándonos de la obra en la seccion bibliográfica.

Ya ha visto la luz pública el tercer reparto de este año de la Biblioteca Arte y Letras, que le constituyen *Las Mujeres de Goethe*, por Pablo de Saint-Victor, y *Las Cartas familiares del P. Isla*. Tambien se ha publicado el cuaderno 11 de la obra *España*, editadas por la acreditada casa Daniel Cortezo y Compañía, de Barcelona.

La marca de aristocrática distincion con que hoy día se conoce á una señora elegante es el delicioso perfume de «Kananga,» esencia de la preciosa flor del Japon que prepara la «Perfumería Victoria,» de París, y que no es la magnífica «Agua de Kananga» que tan excelente es como agua de tocador para refrescar el cutis. No olvidemos señalar los «Polvos de Kananga del Japon,» que dejan en el rostro un aterciopelado encantador.

PRECIOS DE SUSCRICION

ESPAÑA Y EXTRANJERO

	Semestre.	Año.
Madrid.....	6,50 ptas.	12 ptas.
Provincias.....	7 »	12,50 »
Extranjero.....	15 »	25 »

PROVINCIAS ULTRAMARINAS Y REPÚBLICAS AMERICANAS.

Á PAGAR EN ORO.

Cuba y Puerto-Rico.....	3 pesos fs.	5 pesos fs.
Filipinas y Repúblicas americanas.....	3 »	5 »

La correspondencia se dirige á D. Jesús Pando y Valle, calle de Ruiz, 18, segundo, Madrid.

MADRID.—Imp. de Moreno y Rojas, Isabel la Católica, 40.